

SOBRE LA ORACION DE LOS FIELES

Pedro FARNES, Pbro.
Barcelona

No puede dudarse que entre las reformas mayores que el Concilio Vaticano II ha establecido para la celebración litúrgica, la restauración de la antigua «Oración de los fieles» ha sido una de las mayores: ella es un elemento básico de la celebración en todos los ritos de Oriente y Occidente, pero que en Roma desapareció ya en el siglo V y, desaparecida de Roma, fue suprimiéndose también en la casi totalidad de las liturgias de Occidente. El Concilio Vaticano II ha restaurado felizmente este elemento de la celebración y, por ello, desde la promulgación de la Constitución Conciliar de Sagrada Liturgia —y aún antes en algunos lugares, como fruto del movimiento litúrgico— se ha venido restituyendo en no pocas comunidades el uso de unas preces o lista de peticiones al final de la liturgia de la palabra; con frecuencia las revistas y también muchos de los equipos sacerdotales han ido confeccionando y publicando varios formularios de estas preces, adaptadas a las diversas celebraciones; incluso se ha llegado a crear un ambiente de paralelismo entre la homilía y la «Oración de los fieles»: el mismo encargado de hacer la homilía ha pare-

cido, con frecuencia, que debía componer estas preces, siendo frecuente que las mismas fueran como un comentario, en forma de peticiones, a las lecturas bíblicas del día; esto se ha generalizado de tal forma que son muchos los que creen que este es el estado ideal de la «Oración de los fieles» y se preguntan sobre la oportunidad de tener unos formularios oficiales prescriptivos «Ne varientur» y sobre la disposición del Consilium estableciendo que es la propia autoridad eclesiástica territorial quien debe componerlas y determinarlas preparando así el momento en que sean los responsables de la liturgia latina quienes den unos textos ya oficiales para todo el rito latino ¹.

Nos parece, por tanto, oportuno en este momento en que en España se publican los textos oficiales hacer como una reflexión y un balance sobre lo que es la «Oración de los fieles» y sobre la forma que se ha ido presentando en este lapso de tiempo que ha transcurrido desde la restauración de esta «Oración de los fieles» hasta la promulgación de estos formularios oficiales.

QUE ES LA ORACION DE LOS FIELES

La CDSL nos da una auténtica, pero muy substanciosa y exacta, definición de la «Oración de los fieles», de la que debemos partir para hacernos un concepto exacto de la misma. Esta descripción no sólo no debe ser seguida porque es doctrina conciliar, sino también, creemos, porque resume muy exactamente la naturaleza de estas preces según la Tradición de toda la Iglesia Oriental y Occidental, a partir del mismo Nuevo Testamento. La C. D. S. L. nos describe la «Oración de los fieles» con estas palabras: «La "Oración de los fieles" es aquella en la que, después del Evangelio y Homilía..., con la participación del pueblo, se hacen súplicas por la Santa Iglesia, por los gobernantes, por los que sufren cualquier necesidad, por todos los hombres y por la salvación del mundo entero» ². Se trata, por tanto, de:

1. Cf. *Constitutio de Sacra Liturgia* (abreviadamente: CDSL), 21.

2. Cf. CDSL, 53.

a) *una súplica a Dios*, no precisamente de una adoración, ni de una confesión de las propias culpas, ni de una acción de gracias, ni de una meditación sobre la palabra de Dios escuchada en las lecturas, ni, finalmente, de una ocasión para dar alguna enseñanza o exponer alguna idea;

b) es también *una súplica con la participación del pueblo*, es decir, una súplica en la que el pueblo interviene, no formulándola, ni pronunciándola, ni componiéndola —para ello existen los diversos ministros que «sirven» a los fieles en la celebración³—, sino participando en ella comunitariamente con sus respuestas;

c) es, finalmente, *una súplica por las necesidades de la Iglesia y de todo el mundo* (por ello la respuesta del pueblo deberá ser siempre de petición y no podría admitirse el que este estribillo se modificara, por ejemplo, en tiempo de Adviento: «Ven, Señor Jesús»; o en tiempo de penitencia: «Perdona, Señor, a tu pueblo», etc.). Ello desvirtuaría el sentido de petición universal por todas las necesidades y lo limitaría a unas ideas abstractas —el perdón, la venida del Señor, etc.— a la manera de las colectas y no precisamente por las propias necesidades, ni por las necesidades de la comunidad local, que, aunque no se excluyen, no son sino elementos secundarios de esta oración «a la dimensión del mundo».

Las características con que la CDSL presenta la «Oración de los fieles» son las mismas que se han venido teniendo desde los tiempos apostólicos; por ello, con estas mismas características debe restaurarse en nuestros días, no sólo para ser fieles a la doctrina conciliar, sino, incluso, para expresar y vivir la misión que ha recibido la Iglesia de «pueblo sacerdotal» en bien del mundo. Ya la describió así, en efecto, en los tiempos apostólicos, San Pablo cuando escribió a Timoteo: «Te ruego, pues, lo primero de todo, que hagáis oraciones, plegarias... *por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en el mundo* para que podamos llevar una vida tranquila y apacible con toda piedad y decoro»⁴.

3. Cf. CDSL, 28, 29, 30.

4. 1 Tim. 2, 1-2.

Los padres de la Iglesia presentaron esta oración en los siglos posteriores de la misma forma. Escuchemos a San Justino, en el siglo II: «Nosotros después de haber bautizado a los que confiesan la fe los llevamos a aquellos que se llaman hermanos... con el fin de hacer comunes oraciones, *por nosotros mismos, por el que acaba de ser iluminado, por todos los demás que se encuentran en todas partes...*»⁵. Más tarde será Tertuliano quien nos afirmará, en su *Apologético*⁶, que los cristianos «deben orar por los emperadores», por quienes les ayudan en el gobierno, por el bien del mundo, por la paz de las naciones». Y San Ambrosio dirá a su vez: «En la oración se ruega por el pueblo, por los reyes, y por todos los demás»⁷. Podríamos decir que esta oración —la más antigua, la más importante, la más universal, la más *litúrgica y oficial*, de cuantas tiene la Iglesia— es como la expresión del sacerdocio universal de la comunidad cristiana que intercede en favor de todo el mundo; por ello estas preces se llaman, por antonomasia, la «oración *de los fieles*», como la participación en la Cena del Señor se llama la misa *de los fieles*; cuando el pueblo cristiano, en efecto, se reúne, su oración no puede limitarse a las propias necesidades, pues la Iglesia es, como Cristo, un «sacramento de salvación universal», como lo fue Israel y con más plenitud, si cabe, que el pueblo de la Antigua Alianza⁸.

QUE NO ES LA ORACION DE LOS FIELES

De la descripción de la «Oración de los fieles», hecha en el apartado anterior, se desprende claramente que la «Oración de los fieles» no es:

- a) una meditación o aplicación de la *Palabra de Dios* a la propia vida;
- b) no es tampoco una especie de *homilía en forma de peti-*

5. S. JUSTINO, *Apología I*, n. 65, Ed. BAC, *Padres Apologistas Griegos*, t. I, Madrid, 1954, p. 256.

6. TERTULIANO, *Apologético*, 39, 2.

7. S. AMBROSIO, *De Sacramentis*, 4, 14. Edit. Botte, Münster, 1963, 54.

8. Cf. Ex. 19, 6; 1 Pt. 2, 9-10; CDSL, 2; *Lumen gentium*, 1.

ciones, para que la Palabra de Dios escuchada en las lecturas fructifique en la asamblea celebrante.

c) no es tampoco un *formulario para expresar los misterios propios* del día. Es cierto que con frecuencia las lecturas bíblicas son ocasión para reflexionar y convertirse a Dios y es natural que, después de escuchar la Palabra de Dios, se sienta necesidad de pedir el auxilio divino para que la debilidad humana pueda obtener aquello que ha visto ser su salvación; una oración de este índole es conveniente, pero ésta no es la «Oración de los fieles»; para responder a la Palabra de Dios escuchada en las lecturas existe, sin duda, el canto de meditación con las respuestas del pueblo al gradual; y para pedir las gracias especiales de cada misterio celebrado particularmente en los diversos días y tiempos del año litúrgico, la Iglesia romana, añadió más tarde una nueva oración: la colecta; ésta sí que tiene por finalidad pedir las gracias propias de cada celebración, resumir, en forma de petición el mensaje propio del día y de sus lecturas.

Bastaría examinar algunas de las antiguas oraciones, «De Tempore», para convencerse de que ésta es precisamente su función particular; quizás hoy día no se ve esto con claridad debido a que muchas de las antiguas colectas han sido cambiadas de su lugar primitivo y como desligadas de las lecturas con las que iban relacionadas. De esta relación de las colectas con las lecturas bíblicas nos queda un ejemplo elocuente en el caso de las antiguas oraciones entre las lecturas de la vigilia pascual⁹.

El Concilio no ha pretendido, pues, hablar de esta oración que sirve para actualizar el mensaje de las lecturas, al decretar la «Oración de los fieles»; ha pretendido restaurar la antigua oración del pueblo de Dios —por eso llamada precisamente «Oración de los fieles», «*Prex fidelium*»— en favor de las necesidades universales del mundo, oración que había caído en desuso desde hacía tiempo en la liturgia romana. Creemos que sería altamente

9. Véanse, por ejemplo, las oraciones primera, segunda y tercera de la actual vigilia pascual; la oración cuarta se refiere, principalmente, al cántico de Moisés que formula antes lo principal de la lectura al ser íntegramente proclamado. En la antigüedad esta referencia de las colectas a las lecturas era mucho más marcada, como puede verse en la mayoría de las liturgias. La reforma litúrgica actual, tendrá, sin duda, que restaurar frecuentemente esta relación.

lamentable que, en el preciso momento en que se restaura en la Iglesia latina la antigua «Oración de los fieles», las comunidades cristianas, sirviéndose del hombre y del lugar que ocupa ésta en la celebración, se limitaran a doblar simplemente, en estas letanías, *la misma oración* ya incluida en las colectas, dándole ahora el nombre de «Oración de los fieles»; en realidad, se continuaría celebrando la liturgia, como en estos últimos siglos, sin acordarse de las «grandes necesidades» de la Iglesia y del mundo, replegándose sólo en una meditación personal de la Palabra divina y pidiendo por aquellas necesidades personales o de la comunidad local que habría suscitado la meditación de la Palabra de Dios, proclamada en la asamblea celebrante. El único caso de la «Oración de los fieles» que ha conservado, durante estos últimos siglos, la tradición romana —las oraciones solemnes del Viernes Santo— son un testimonio, entre los muchos que existen en la antigüedad, de cómo la «Oración de los fieles» no se centra en el misterio particular del día, sino en la intercesión general por la Iglesia y por el mundo; nada, en efecto, más objetivo, nada más desligado de toda consideración sobre el misterio particular del día —y se trata de un día especialmente señalado, el día de la muerte del Señor— que esas oraciones solemnes en las que no hay la más mínima alusión a la muerte del Señor ni a las lecturas propias del día.

POR QUE SE LLAMA ORACION DE LOS FIELES

Creemos conveniente aquí hacer una pequeña aclaración, o si se quiere, salir al paso de una dificultad: esta oración, que hemos calificado más arriba como la más *litúrgica* y la más *oficial*, lleva con todo, en la Tradición, el nombre de «Oración de los fieles»; son muchos, en efecto, los que partiendo de este calificativo, han creído que, por tratarse precisamente de la «Oración de los fieles», ésta debía ser algo que los mismos fieles compusieran y pronunciaran o, por lo menos, juzgan que eso sería lo ideal; y que el tener formularios escritos y oficiales sería un signo de decadencia. Pero la realidad es muy otra: el calificativo de «Oración de los fieles» es simplemente una cuestión de vocabulario, y hay que ver qué significa el nombre «fieles» en

esta frase. En la antigüedad, «fiel» se distingue, con bastante claridad, de «cristiano»; los cristianos estaban divididos, en efecto, en tres grupos o categorías: los «catecúmenos» (los que escuchan la Palabra para recibir el bautismo), los «elegidos» (o sea, los que se preparan para recibir próximamente, en la siguiente noche pascual, el bautismo) y los «fieles» o pueblo de los que ya conocían los «misterios» y participaban en las celebraciones sacramentales, los «*mysteria fidei*» (recuérdese el inciso exclamativo en la fórmula de la consagración del cáliz), los que estaban ya consagrados por el bautismo.

Sólo estos últimos, los «fieles», eran, con toda propiedad, pueblo sacerdotal, sólo ellos tienen como misión propia el orar por el mundo; por ello en la celebración, después de las lecturas y de la homilía y antes de la «Oración de los fieles», se tenía la despedida de los catecúmenos —la «*Missa cathecumenorum*»— (en cuanto a la pretensa relación lectura-homilía-oración de los fieles, adviértase que los catecúmenos asistían a las dos primeras y no a la tercera); sólo una vez salidos los catecúmenos, cuando en la asamblea quedaban sólo «los fieles», tenía lugar la «Oración de los fieles» y la «Misa de los fieles. Nadie pretenderá que la «Misa de los fieles» deba, por llevar este nombre, ser algo que los fieles improvisen y celebren, como contraposición a lo que hacen los ministros; de la misma forma la «Oración de los fieles» no es algo propio de los fieles, en cuanto distintos de los ministros (propio de los laicos, diríamos en lenguaje moderno) y que ellos deban componer o pronunciar, sino algo especialmente reservado a la comunidad de los fieles, de los bautizados, presididos y dirigidos, como siempre, por los ministros, es decir, algo que pertenece como propio a la «*plebs sancta sub episcopis adunata et ordinata*», de que nos habla San Cipriano¹⁰. Los documentos antiguos que nos presenta la «Oración de los fieles» bajo esta perspectiva son abundantes; citemos algunos solamente de los más importantes:

a) *Justino*, precisamente al hablar del bautismo de los nuevos fieles, dice: «Nosotros, después de haber bautizado (por tanto

10. S. CIPRIANO, *De Catholica Eccl. Unitate*, 7, citado en CDSL, 26.

después que el cristiano ya es «fiel») al que confesó su fe y la aceptación de nuestra doctrina le llevamos a aquellos que se llaman hermanos donde ellos están reunidos, con el fin de hacer muy a propósito comunes oraciones por nosotros mismos, por aquél que acaba de ser iluminado y por todos los demás hombres»¹¹.

b) *Hipólito*, en su *Tradición apostólica*, lo dirá de una forma explícita: «En seguida [terminado el bautismo y la confirmación de los nuevos fieles] rezarán juntos con todo el pueblo, pues ellos *no rezan jamás con los fieles antes de haber recibido este sacramento*»¹².

c) *San Juan Crisóstomo* es, quizá, el más explícito en afirmar y explicar que esta oración universal es una cosa privativa de los fieles, con exclusión de los catecúmenos y de los penitentes. Comentando, en efecto, las moniciones diaconales de la «Missa catechumenorum», dice: «Retiraos vosotros, los penitentes, retiraos los que no sois capaces de orar; de pie dispongámonos a orar». Juan demuestra, de una forma clara y tajante, que el cristiano, juzgado indigno de comulgar (por tanto el catecúmeno y el penitente), es también indigno de participar en la «Oración de los fieles»¹³.

d) *El Papa Félix III*, en el siglo VI, tiene aun la misma visión de lo que significa «fiel», en contraposición a catecúmeno, y nos habla explícitamente de la «Oración de los fieles» como de aquella en la que no pueden participar los que no están bautizados o han caído en el pecado público (excomunicación); refiriéndose, en efecto, a los clérigos que habían renegado del cristianismo, dice: «En ningún modo pueden participar en la «Oración de los fieles» ni tan solo en la «de los catecúmenos» aquellos a quienes solo puede admitírseles en la comunión, a modo de laicos, en el mo-

11. S. JUSTINO, *Apología I*, n. 65, Edit. BAC, *Padres Apologistas Griegos*, t. I, Madrid, 1954, p. 256.

12. *Tradición Apostólica*, Cf. Edición Botte, n. 21, Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung, Münster, p. 55.

13. *In Matth.* XXIII, 3, P. G., LVII, 311. *In Eph.* III, 4, P. G., LXII, 29-30. *Adv. Jud.* I, 4, P. G., XLVIII, 849. *De incomprehensibili Dei natura*, IV, 5, P. G., XLVIII, 734.

mento de la muerte: «Nec orationi non modo *fidelium* sed ne catechumenorum omnimodis interesse quibus communio laica tantum in morte reddenda est»¹⁴.

LA ORACION DE LOS FIELES Y LAS COLECTAS

Las liturgias occidentales (nunca han conocido este uso las orientales) a la antigua y única oración primitiva añadieron más tarde las colectas; su fin —lo hemos visto ya— es diverso; las colectas tienen más flexibilidad, más adaptabilidad al misterio celebrado, más interioridad; podríamos decir que, en cierta manera, ellas se centran más en el misterio celebrado que en las necesidades concretas.

En un tiempo en que no se conocía la práctica de la «Oración de los fieles», incluso las intenciones concretas tuvieron su lugar en las colectas (cf., por ejemplo, el uso de colectas imperadas ante necesidades concretas); ahora es conveniente que cada una de estas oraciones recobre su papel propio: por ello es normal que pasen de las colectas a la «Oración de los fieles» las peticiones por necesidades concretas, las intenciones imperadas, las necesidades concretas del mundo, la oración por los gobernantes, y que, en cambio, no se mezcle en los formularios de la «*Prex* sacerdotal del pueblo de Dios», la oración por los frutos de los misterios celebrados o las peticiones variables adaptadas a las lecturas proclamadas en la celebración.

ORACION DE LOS FIELES Y MEMENTOS

También aquí se trata de dos cosas distintas: el fin de la «Oración de los fieles» —se ha dicho ya repetidas veces— es la intercesión sacerdotal del pueblo de Dios por el mundo; los mementos tienen otra finalidad: son listas de nombres, no intenciones, ni necesidades; y se trata siempre de nombres de *miembros de la Iglesia* («quorum fides cognita est et nota devotio», «qui nos

14. FELIX III, *Epist. 7 Ad. Universos Episcopos*, Mansi, VII, 1057.

praecesserunt in signo fidei»; bastaría recordar que, para la antigua Iglesia, el suprimir en la celebración algunos de estos nombres leídos públicamente, equivalía a una excomunión). Las listas de los mementos deben servir para recordar a Dios, en el mismo seno del misterio, aquellos que forman la Iglesia y para hacer sentir a los fieles de la Iglesia su comunión con algunos miembros ausentes. El sentido de los mementos se ve muy claro en la forma con que son citados en la antigüedad: recordemos solamente, como ejemplo, la Epístola de Inocencio I a Decencio de Gubbio: «De *nomibus* vero *recitandis* antequam precem sacerdos faciat atque eorum oblationes, quorum *nomina recitanda* sunt, sua oratione commendet»¹⁵; también la rúbrica del Gelasiano para la misa de escrutinios bautismales: «Infra canone, ubi dicit: Memento, Domine, famulorum famularumque tuarum, qui electos tuos suscepturi sunt ad sanctam gratiam baptismi tui; et *recitantur nomina* virorum et mulierum qui ipsos infantes suscepturi sunt...»¹⁶.

LA ORATIO FIDELIUM Y LAS COLECTAS IMPERADAS

La Iglesia Romana ha vivido varios siglos en los que la «Oratio fidelium» por las necesidades de la Iglesia y del mundo quedaba reducida a la sola celebración del Viernes Santo. De ahí que, ante necesidades concretas y a veces urgentes, se sintiera la necesidad de formular diversas colectas votivas, y que los prelados de la Iglesia tomaran la costumbre, luego confirmada por las rúbricas, de imperar colectas entre las lecturas e incluso de introducir, antes de la anáfora (secreta) y después de la comunión (postcomunión), diversas oraciones para pedir a Dios por dichas necesidades; incluso, con frecuencia, diversas naciones acostumbraron hacer su oración por los gobernantes por medio de estas colectas. Restaurada la «Oración de los fieles», es normal que se establezca una clara distinción entre estos dos tipos distintos de oración, y que se reserve para las fórmulas de la «Oración de

15. INOCENCIO I, *Epist.* 25, P. L., 20, 553.

16. Cf. MOHLBERG, *Liber Sacramentorum Romanae Ecclesiae Ordinis Anni Circuli I.*

los fieles» la oración por las diversas necesidades que surgen en el seno de la Iglesia o del mundo.

Así lo hizo, en la Cuaresma del año 1966, el Papa Pablo VI al decretar que todas las iglesias que tuvieran ya la práctica de la «Oración de los fieles» añadieran durante todo este tiempo de penitencia, una invocación en la que se pidiera por la paz del Viet-Nam. Fue el primer ejemplo de una «oración imperada» del Papa para toda la Iglesia.

♦♦

Creemos que esta breve presentación histórica habrá aclarado, no solamente la trayectoria de la «Oración de los fieles» a través de los siglos de la Iglesia, sino, lo que es más importante, habrá descubierto cómo ésta es algo muy distinto de las colectas, de los mementos, de la meditación personal, de la Palabra de Dios, y constituye uno de los puntos básicos, con características especiales e inmutables ¹⁷, de la celebración cristiana, y sin duda mucho más importante y «litúrgico» (si se nos permite la expresión) que las colectas y otras oraciones de intercesión.

17. Cf. CDSL, 21.